

JUGUETES PARA DEBBIE

DAVID A. KYLE

La locomotora, con ojo centelleante, salió rugiendo del túnel de la colina y se abalanzó por la curva. A medio camino del largo recodo, la veloz máquina tembló súbitamente y se balanceó. Entonces, en unos pocos estrepitosos segundos, la mayor parte del tren se separó de los rieles, entrechocando sus vagones, deslizándose y golpeando uno contra otro por encima y alrededor de la máquina. La locomotora murió con un chirrido de vapor, borrando con su feroz shhushh todos los otros aullidos...

La niña pegó pequeños saltos con súbito regocijo y miró el desastre.

—¡Papi! ¡Papi! —dijo ella—. ¡Se rompió!

Su padre, Frank Curtis, dejó de hablar con el agente de seguros y se volvió desde el otro extremo de la sala.

El agente, rígido e inmóvil, observó cómo el padre colocaba nuevamente los vagones en las vías.

—Si te has propuesto destrozar todos tus juguetes; bueno, está bien, Debbie —dijo Frank Curtis—. ¿Pero no te das cuenta que tenemos un huésped? ¿No puedes esperar hasta más tarde para jugar en forma tan brusca? —Y le arregló el moño de seda que le ataba los cabellos.

—Sé una buena chica con papito, querida.

El padre, irguiéndose, miró el rostro suave e impasible del agente.

—Nada roto, Sr. Black —dijo Frank Curtis.

—Es una niña fuera de lo común —respondió el Sr. Black—. Quiero decir, por lo general, que las niñas no juegan con trencitos.

—Bueno, ella *es* poco común, Sr. Black —replicó el padre—. También le gustan todas las cosas con las que juegan las niñas.

—¿Esto también era de ella, señor? —preguntó el Sr. Black. Volvió su cabeza a los estantes de libros cerca de ellos. Mientras Frank Curtis asentía con la cabeza, el agente se acercó y acarició la forma rota de un modelo de avión comercial.

—¿Vio usted la foto en el periódico? —preguntó el padre.

—Oh, sí, por supuesto. —El hombre retiró su mano rápidamente—. Fue un trágico accidente.

—¿Trágico? —Frank Curtis parecía no entender sobre qué estaba hablando—. Creo que se puede arreglar. Lo rompió semanas después que le sacaran la fotografía con él...

—*Esa* fotografía —respondió agudamente el Sr. Black, bajando con presteza sus ojos negros al piso y volviéndolos luego a la niña de seis años que estaba sentada en el sofá. Ella le devolvió la mirada con serenidad—. Es una hermosa niña, muy fotogénica. —Hablaba rápidamente—. Sí, vi su fotografía (con ese aeroplano, por supuesto) en el periódico local. Fue una linda nota, sobre una niña que gusta tanto de los juguetes para varones como de los que son para las niñas. Sí, leí sobre ella.

—Oh —dijo Frank Curtis y sonrió, no antes de dudar por un momento.

El Sr. Black continuó:

—Sí, leí sobre ella. Leí mucho, me gusta mantenerme al tanto. —Se detuvo bruscamente y luego agregó—: Debe usted estar orgulloso de su hija, Sr. Curtis, muy orgulloso.

El padre respondió con un gesto cálido, un tanto modesto.

—Sí, cuando leí ese artículo, aunque era breve, sentí que conocía a Debbie. Y quise hacer algo por ella. —El agente apretó el hombro del otro—. Estoy tan ansioso en que usted sea uno de nuestros clientes, Sr. Curtis, que le propondré un trato que usted no podrá rehusar.

Se hizo el trato, y Frank Curtis no lo rehusó. Por eso es que al mes siguiente el Sr. Black regresó para recoger la primera cuota. Trajo con él una muñeca para la pequeña niña. Ella realmente estaba muy agradecida y su padre no tuvo que recordarle que agradeciera al buen hombre, y ella la subió al sofá para jugar.

—Me dijeron que usted es nuevo —dijo Frank Curtis—, y bueno.

El Sr. Black elevó sus gruesas cejas negras en un gesto de sincera sorpresa.

—Oh, ¿me estuvo investigando? Eso era lo que había que hacer. —Hizo una pausa momentánea como si estuviera por tomar una decisión, luego agregó—: Soy veterano de la guerra. Tengo muchos años de servicio en demoliciones. —La sonrisa era cálida y franca—. Encuentro que mi nuevo trabajo es más excitante y más satisfactorio, por supuesto, a causa de su humanitarismo.

El Sr. Black tomó su sombrero a cuadros rojos y negros y, cuando salía, le dijo a Debbie:

—Es una muñeca muy especial, sabes, cariño. —Dudó antes de agregar, como por casualidad—, quiero decir, es prácticamente irrompible.

El padre de Debbie, sorprendido, abrió y cerró su boca silenciosamente.

Cuando el Sr. Black volvió, en la siguiente visita mensual, le dijo a ella, mientras el padre iba por su chequera:

—Lamento que tu muñeca haya perdido su brazo.

Ella se arrastró debajo del sofá y sacó su muñeca; estaba en un estado lamentable, sucia y raída, casi pelada, sin su brazo izquierdo y dejando a la vista el agujero del hombro.

—Gracias —dijo la pequeña niña, mirándolo con sus grandes ojos—. ¿Cómo lo supo usted? —El Sr. Black evitó su mirada y entonces entró el Sr. Curtis quien vio la muñeca.

—Es una vergüenza —dijo Frank Curtis—. Hubiera deseado que usted no lo supiera. —Él encogió sus hombros—. Bueno, de todas maneras no es ninguna sorpresa.

—Está bien, señor. Era sólo una muñeca barata y ya cumplió su propósito.

—Usted sabe —dijo el padre lentamente—, esas muñecas adultas, no puedo acostumbrarme a ellas. La madurez evidente... —Levantó el juguete y lo examinó con cuidado—. Pero, vamos —agregó con genuina sorpresa—, ¡creo que hasta tiene cabello verdadero! —Puso la muñeca en el estante—. Espero que mi hija no sea mala.

—¡Oh, no! Es simplemente humana, se lo aseguro. —El Sr. Black suspiró—. Es dañina, pero en realidad es inocente.

Por primera vez Frank Curtis pareció percibir algo en las palabras del Sr. Black.

—Parece que usted sabe más sobre mi hija que yo.

El Sr. Black miró fijamente al piso.

—Estoy generalizando, por supuesto. Todos los niños tienen dos naturalezas: una es primitiva, egoísta y salvaje; la otra es moral, generosa y civilizada. Los niños que todavía son inocentes se expresan de cualquiera de esas dos maneras, a veces simultáneamente de ambas.

Levantó su cabeza y miró fijamente a los ojos de Frank Curtis. La mirada, en contraste con su lenguaje forzado, era fría y calma.

—Olvídese de la muñeca —dijo el Sr. Black. Metió la mano derecha en su bolsillo, y sacó un pequeño paquete—. He aquí algo para el tren de ella. Los hice para un sobrino hace años, pero desgraciadamente murió, y los guardé para dárselos a otro niño algún día.

Comenzó a desenvolver el paquete.

—Realmente, Sr. Black, usted es más que amable, pero tantos regalos...

—No es nada, créame. Es más una cosa personal que un regalo. —Abrió el paquete y dentro había una cantidad de angostas tiritas de papel.

Frank Curtis las examinó. Tenían pegamento de un lado y del otro se leían los nombres de algunos ferrocarriles famosos, impresos en ellas. En algunas decía: «20th CENTURY LIMITED».

En respuesta a la azorada mirada del Sr. Curtis, el agente dijo:

—Es muy simple, señor. Pensé que los trenes de mi sobrino parecerían más reales con estas tiras que llevan el nombre del tren. Pensé que tal vez usted me permitiría colocarlas en los trenes de Debbie...

Los dos hombres se miraron directamente a la cara. Frank Curtis se mordisqueó la cara interior de su mejilla unos momentos.

—¿Por qué iría yo a permitirle que haga eso?

El Sr. Black respondió con poca convicción pero de modo persuasivo:

—Yo quería mucho a mi sobrino, es algo que yo deseaba hacer por él. —Carraspeó pensativamente—. A los niños les gusta asociar sus juguetes a las cosas reales. Eso es todo.

El padre de Debbie sacudió su cabeza, frunciendo el ceño:

—Suenan algo tonto. ¿Cómo se le ocurrió a un hombre grande como usted pensar en esto?

—¿En qué quiere que piense? ¿En una muñeca de moda, que se aprecia por lo que cuesta? ¿En una vestimenta costosa, que se acorta y se convierte en un derroche inútil? ¿En un hermoso libro ilustrado, impreso en forma bella, científica e inhumana? —El Sr. Black dijo esto sin ninguna pizca de amargura y la sonrisa de su rostro era en exceso tranquilizante—. Las pequeñas cosas se transforman a menudo en cosas importantes, en cosas queridas... ¡Y yo *amaba* a mi sobrino!

—¡Usted es un verdadero vendedor —replicó Frank Curtis y había un toque de temor en su admiración.

Por lo tanto, el Sr. Black, con la ayuda del Sr. Curtis, cambió el nombre del tren.

Después decidieron hacer andar el tren por unos minutos, para ver como lucía.

El tren anduvo por la trocha varias veces sin problemas, y entonces el Sr. Black se inclinó y le dijo a Debbie suavemente:

—¿Puedes acelerarlo?

La locomotora, con ojo centelleante, salió rugiendo del túnel...

El Sr. Black se elevaba por sobre el juguete, manteniendo los pies a cada lado del túnel de cartón.

...y se abalanzó por la curva...

—Va demasiado rápido... —comenzó a decir el padre.

La veloz máquina tembló... se balanceó...

El rostro del Sr. Black se mantenía inexpresivo y sin color, y alzó su raído sombrero, preparándose para salir.

...El tren se separó de los rieles...

—Oh, se salió de la vía —dijo el Sr. Black en voz baja, marchando hacia la puerta—. Gracias por todo...

La locomotora murió con un chirrido de vapor, borrando con su feroz shhushh todos los otros aullidos.

Al mes siguiente, el incidente y la tragedia real apenas se mencionaron.

—Una terrible coincidencia —dijo Frank Curtis a su visitante, que era lo que precisamente se había dicho a sí mismo al levantar y ver los titulares en el periódico del día siguiente. Ahora ya no quedaba recuerdo alguno, porque los rótulos de papel del tren se habían secado y descascarado.

El Sr. Black tenía otro regalo para Debbie pero su padre, por un nerviosismo subconsciente más que por reflejo de costumbre, no estaba dispuesto a aceptarlo. El Sr. Black fue magníficamente persuasivo. Llegó finalmente a un acuerdo, después de decir que se iba y que este regalo sería el último.

El Sr. Curtis abrió la caja y miró adentro. ¿Qué era lo que el Sr. Black dijo? ¿Que Debbie era dañina pero humana?

El regalo era una exquisita reproducción en cristal del globo de la Tierra.

Era tan frágil que Frank Curtis lo colocó en un estante, para que Debbie pudiera acariciarlo cuando fuera más grande.

FIN

Libros Tauro